

gesto ejemplar de un obispo

antecedentes

Para comprender el alcance de la ejemplar homilía del obispo de Cuernavaca, monseñor Méndez Arceo, que reproducimos, es necesario conocer algunos de los antecedentes de la misma. El gesto de este obispo se hace ejemplar por la historia que lo rodea.

En Méjico, como en otros países, abunda el descontento político. Muchos ciudadanos consideran que el gobierno no concede suficiente margen de libertades, ni emprende las reformas sociales que harían falta. Numerosos grupos católicos, como también ocurre en otros países, participan de este malestar.

El 2 de Octubre del año 1968, los descontentos fueron bañados en sangre. En la ciudad de Tlateloco se organizó una manifestación de protesta, contra la que cargaron las fuerzas oficiales causando numerosos muertos. El miedo a que se turbara la "paz" de la nación ante la entonces inminente Olimpiada Internacional, parece que influyó para la adopción de una medida gubernamental tan dura.

Al cumplirse un año de los acontecimientos de Tlateloco, el 2 de octubre de 1969, la situación volvió a ser tensa en determinados ambientes mejicanos. Un grupo de estudiantes difundió un manifiesto, en el que se contenían duros párrafos:

"Creemos que la situación actual de nuestro país es bastante mala, a pesar de lo que dicen los periódicos, los políticos y los patrones. Y lo creemos, porque el progreso que se dice, sólo llega a unos pocos y no a todos los mejicanos como debiera ser..."

Los estudiantes queremos buscar esa superación y queremos hacerlo recordando el 2 de Octubre pasado en Tlateloco, donde se asesinó a muchachos y vecinos de los edificios indefensos, que lo único que pretendían era protestar por el estado de cosas de nuestro país; pero queremos recordarlo con alegría instituyendo ese día el "Día de la transformación de Méjico".

Otro grupo de estudiantes pretendió llevar a cabo una huelga de hambre de setenta y dos horas, que sólo duró una hora y veinte minutos por una intervención contundente del gobierno. Ciertos sectores del clero se adhirieron también a estos movimientos de descontento. Un grupo de dieciocho sacerdotes escribió una carta, no aceptada por varios periódicos mejicanos, en la que se lee:

''Es inhumano seguir impidiendo, mediante la propaganda y el adoctrinamiento, que el pueblo oprimido tome conciencia de la injusticia que padece. Reconocemos que el régimen ha hecho esfuerzos y ha obtenido logros: es indudable que hay grupos y sectores que progresan en Méjico. Pero la demagogia sobre el desarrollo, mediante la manipulación de logros y estadísticas, disfraza el hecho escandaloso de que la distribución de la riqueza es cada día más injusta y desigual; se habla de libertad, democracia, derecho e instituciones, cuando la vida nacional depende prácticamente de la ideología, voluntad e intereses de una minoría privilegiada...

El descontento estudiantil, que hace un año fue aplastado por las armas (en Tlateloco), fue una denuncia por parte de un sector más sensibilizado del pueblo, contra esa situación intolerable que existía antes y que sigue existiendo ahora...

Ha pasado un año y la voz de la conciencia cristiana no ha hecho sentir su protesta, sino en casos aislados. En un país que se profesa cristiano, este silencio nos resulta incomprensible, porque equivale de hecho a aprobación y complicidad.

Para nosotros, como seres humanos y más como sacerdotes y religiosos, la actual situación plantea un problema de conciencia por nuestro pasivismo y se agrava por el hecho de que los Obispos en general no han denunciado con suficiente energía las injusticias que se cometen, a pesar de que la raíz que produce esos frutos sigue viva y puede, en cualquier momento, volver a producirlos...''

En este ambiente tenso del 2 de octubre, los católicos organizaron misas, en Ciudad de Méjico y en otras diversas ciudades. No todas llegaron a celebrarse. Determinados obispos no consideraron oportuna la celebración de estas misas.

Este es el contexto —tal como nos lo refieren mejicanos testigos de los sucesos— en el que se sitúa la homilía del obispo de Cuernavaca. En esta ciudad, no sólo se celebró la misa conmemorativa del 2 de octubre, sino que el obispo ofreció el templo catedralicio y se prestó él mismo a presidir la concelebración y a pronunciar la homilía.

En la convocatoria para la misa se leían estas palabras, ya explicativas, sobre el acto que se iba a celebrar:

''El cristiano debe escuchar la Palabra del Señor que se revela en los acontecimientos, y compararla con la privilegiada manifesta-

ción de su Palabra Escrita. Por esto queremos reunirnos, a la distancia de un año, para descubrir el sentido del acontecimiento del 2 de octubre, que por su magnitud en dolor y sangre no debe pasar inadvertido ni olvidarse...

En la Eucaristía, celebrada en viril intimidad, levantaremos nuestra acción de gracias al Padre de las luces por el don inefable de su Hijo, semilla y modelo de liberación de toda esclavitud".

El obispo leyó personalmente los textos bíblicos que la "lectio continua" señalaba para el día de la celebración. Estos textos eran 1 Timoteo 6, 6-12 (consejos apostólicos de san Pablo a su discípulo) y Mateo 8, 28-34 (curación de dos endemoniados). Luego la homilía. Al final manifestó que la había leído para evitar malas interpretaciones de sus palabras. Reproducimos esta homilía, creyendo ofrecer un testimonio directo del nuevo estilo episcopal que ya apunta con cierta frecuencia en la Iglesia. El uso de las verdades abstractas se ha cambiado por el enfrentamiento directo con los sucesos reales. En este sentido, y en la cristiana moderación con que este enfrentamiento se realiza, creemos que es ejemplar el gesto del obispo de Cuernavaca. El texto íntegro de la homilía es el siguiente:

TEXTO DE LA HOMILIA

"Hermanos:

Antes que nada debo dar sentido a esta celebración, que podría extrañar a muchos y que muchos podrían desfigurar.

El cristiano no puede, en primer lugar, dejar de manifestar su solidaridad con todos los hombres; y lo puede procurar, si lo quiere, de múltiples maneras, escogiendo, en la imposibilidad de utilizarlas todas, las más significativas en cada caso.

En el fondo de su resolución está, por sobre la solidaridad humana, el amor, la comunión en Cristo con los hombres redimidos.

La actual celebración por nuestros hermanos muertos el 2 de octubre es de solidaridad y plena caridad con todos los mexicanos, porque en tan singular acontecimiento todos nos vimos representados.

Por otra parte, al cristiano no le pueden pasar inadvertidos, en la proporción debida, los signos de los tiempos, la significación, esto es, de los acontecimientos; pues el cristiano, como Cristo, debe cumplir la voluntad del Padre en la obediencia a las circunstancias de su vida.

Por eso el Obispo, quien encabeza a la Iglesia local y tiene don para enseñar e interpretar con humildad la Palabra del Señor, no ha querido rehuir este servicio.

El trascendental acontecimiento de Tlalteloco, punto álgido de una serie de acontecimientos de alcance nacional, no debe escamotearse a la reflexión madura del cristiano mexicano, como lo ha hecho inexplicablemente la prensa de hoy, en lugar de contribuir al desarrollo integral de nuestra nación, con la consideración serena y el análisis justo de nuestras realidades inocultables.

Por eso estamos aquí todos frente al Señor, quien en su Palabra se nos hace presente para luego alimentar nuestra debilidad con la Eucaristía. Ya escuchamos su Palabra escrita, que he procurado proclamar yo mismo con fe sincera y amor a la Asamblea.

Dejadme decir sobre el Evangelio —tomado sin elección especial de la lectura continua— que en sus milagros el Señor Jesús y quienes nos transmitieron sus accines no estaban preocupados por una definición médica de la enfermedad sanada. Las intervenciones de Jesús tenían una función significativa y apelan a nuestra fe.

Nos revelan el misterio de su personalidad, el misterio de la muerte y el poder de su resurrección, el misterio de la restauración y divinización de la humanidad. Eran y son signos de la presencia del Reino de Dios.

En el paso del Evangelio de Mateo que escuchamos, la liberación del hombre del mal que posee, nos es presentada como la expulsión del Maligno, cuya repugnancia se acentúa por la narración de haber sido transferido a una pira de puercos, signo éste así mismo de la continuación del mal que padece toda la naturaleza, sometida por fuerza; pero que toda ella anhela y clama por su resurrección.

Cristo, Liberador de nuestros males, aparece así mismo en la carta del Apóstol Pablo a Timoteo, la primera, donde el mal está resumido y tipificado en la injusticia engendrada por la absolutización de una de las fuentes del dominio del hombre sobre los otros hombres, el dinero, que Jesús rechazó en el monte de las tentaciones junto con el prestigio y poder políticos propuestos como absolutos, como objetos de idolatría.

Esta enseñanza parece condenar también la reacción de los habitantes de Gadara, al sudeste del lago de Tiberíades, los dueños de los puercos perdidos en el mar, quienes afectados en sus intereses, rogaron a Jesús que se retirase de sus tierras.

De la misma manera, más adelante, los notables de Israel pretendieron alejar a Jesús definitivamente, cuando se consultaron: "Este hombre realiza muchos signos; si lo dejamos actuar, todos creerán en él y los romanos vendrán a destruir nuestro templo y nuestra nación" (Jn 11, 48).

Descendamos, hermanos, con el riesgo de todo anuncio concreto a semejanza del riesgo del Señor: el culto al poder económico, opresor, desilusionante, inhumano, ha tomado la forma del sistema de la producción, del consumo, de la acumulación, de la concurrencia, de la propiedad ilimitada, es decir, del capitalismo —en cualquiera de sus formas—

que la *Populorum Progressio* describió como “sistema nefasto, causa de muchos sufrimientos e injusticias”.

Esta es la raíz de muchas inconformidades, fue el origen de nuestra revolución y es la causa de las deformaciones y de la ineficiencia en la consecución de los anhelos de nuestros próceres. Es el símbolo de la opresión. La Biblia contiene la condenación irremisible de la violencia de los opresores y estimula la violencia de los oprimidos.

El mensaje judeocristiano presenta la salvación que incluye un intento poderoso y eficaz de sacudir las coyundas de los distintos opresores y “el Evangelio —dice el Concilio— anuncia la libertad de los hijos de Dios y rechaza todas las esclavitudes” (G et S, 3,41).

La opción entre la violencia de los opresores y la de los oprimidos se nos impone, y no optar por la lucha de los oprimidos es colaborar a la violencia de los opresores.

Si hubiese un tercer camino eficaz —la no violencia activa, por ejemplo—, tendría el cristiano que optar por ella.

Por tanto, aun “cuando la autoridad pública, rebasando su competencia propia, oprime a los ciudadanos, éstos no deben rehuir las exigencias del bien común; les es lícito, sin embargo, defender sus derechos y los de sus conciudadanos contra el abuso de la autoridad, guardando los límites que señala la Ley natural y la Evangélica” (G. et S., 74).

No señala la Iglesia ni puede en general señalar la meta o el camino, no propone un “socialismo cristiano”, como no es debido hablar de democracia “cristiana”; ni hay tácticas “cristianas”; pero sí estimula el compromiso de buscar, con generosidad y entereza; y en nuestras asambleas eucarísticas deberíamos reflexionar en la obligación de comprometernos con quienes buscan una superación del esquema violento sobre el que está montada nuestra sociedad capitalista”.